

El margen (*)

Por Daiana Di Candia 2º C

La baba no estaba tan pegajosa aquel día, el papel resistía como si lo obligasen a hacer algo tortuoso. El tabaco estaba seco, pero el hambre en su estómago era peor. Todavía no había juntado lo suficiente como para comer algo, aunque intuía que esa era la sensación constante que marcaba la diferencia. Siempre sentía hambre, incluso después de haber tragado algo succulento. A veces se le daba por pensar que esa era la marca de su existencia, que quizás él no sabía qué era el hambre y confundía el estado constante de su alma; la manera de sentir el oxígeno en su cuerpo; su dolorosa sensibilidad con la primitiva sensación de hambre. Pero eso lo pensaba sólo a veces.

Mariela bajó del 127 con su bolsa de mercadería; él nunca la había visto trabajar, pero la imaginaba como una masa homogénea y hablante, tambaleando entre su público aplastado y aburrido. Bajó despeinada, su pelo maltratado denunciaba antiguos rastros de tintas baratas y rojizas. Ella saludó, para luego empezar su interminable monólogo.

El viento estaba fuerte y envolvió a aquellos dos como si quisiera protegerlos, pero a golpes, mientras la típica humedad bonaerense se apoderaba de la atmósfera. Resuelto a huir lo más rápido de esa parada atomizante se tomó el próximo ómnibus que apareció, aunque eso no siguiera su rutina acostumbrada. El sólo hecho de imaginarse diciendo aquel discurso lo cansó, pero no tuvo más remedio que comenzar. Como siempre los ojos iban y venían, lo miraban de frente, de reojo y de atrás. Una joven lo analizaba con una cara tan intelectual que logró incomodarlo, queriendo huir nuevamente vendió unos pañuelos de papel a una vieja del fondo y se bajó.

Había sido un día salpicado de instantes molestos como todos los días; había sido un día particularmente normal. Hacía tiempo que no pisaba las calles de Villa Ramallo, que no incluía esa parte de la ciudad en su recorrido. Caminó solitario entre los nocturnos transeúntes que deambulaban perdidos en la oscuridad, casi irreales en la penumbra ondulante. Entró en un bar sin nombre, de luz agresiva y techos altos, en busca de algún plato caliente y un momentáneo refugio. Esas paredes ruinosas lo acogieron por un par de horas extrañas en las que Marcos observó una agitación creciente a su alrededor; los gestos fueron cada vez más expresivos, las palabras cada vez más fuertes y los pasos cada vez más rápidos. Gente gritando, gente corriendo.

El Banco Nación estaba casi en la esquina de la acera de enfrente al bar. Eran las cuatro de la mañana cuando Marcos, sonriendo con ironía, miró a los ojos de la debilidad humana en su máxima expresión, como nunca antes la había visto. Armas con hombres detrás u hombres con armas delante; era lo mismo, eran hombres apretando gatillos desesperadamente frente a la impotencia, frente a su propia impotencia. El asalto al banco había comenzado hacía varias horas, pero Marcos no necesitaba más información que aquella imagen de tiroteos para entender por qué nunca encontró un lugar en este mundo que no estuviera justamente fuera de él; al margen.

Con una expresión casi ausente fue espectador de toda la escena. La muerte lo rozó y no sintió disgusto ni sorpresa, como si la conociera desde hacía tiempo, como si cada uno de sus días fuese un pedazo de su propia muerte. Era impermeable ante la desesperación, porque cada una de sus células vivía desesperada desde el primer día.

Muertes por dinero, status, honor, la misma historia de todas las épocas se repetía en una versión postmoderna. Asaltantes heridos, asaltantes muertos; rehenes heridos, rehenes muertos. “Es debilidad hecha masoquismo”, pensó Marcos mientras masticaba su último trozo de pan y escuchaba el terror de los gritos. Por la ventana podía ver el conjunto de policías, periodistas y gente curiosa pero, sin poder disimular su atracción por la sangre, se acercó lo más que pudo al auto verde; objeto del tiroteo.

El cuerpo de un hombre joven estaba casi colgando de la puerta; Marcos, mirándolo, repasó mentalmente su día: las escasas ventas, Mariela, la chica del ómnibus, el hambre; todo lo había llevado hasta ese cuerpo sin vida, aún caliente. Se sintió tan sucio como aquel, se asqueó de sí mismo, de ese cuerpo inerte y de todas aquellas cámaras que lo fotografiaban. Sin necesidad de estar más junto al cadáver se alejó de la montonera, prendió un tabaco y caminó tranquilamente por Constitución hacia la parada. Vio como el sol se asomaba tibio y entendió que comenzaba otro día normal, otro día más de su lenta muerte.

() El ejercicio de escritura consistió en crear un relato a partir de un caso policial ocurrido en Argentina, el caso Ramallo. Cada alumno debió elegir un punto de vista para la narración y mantener la coherencia de ese punto de vista a lo largo de todo el texto.*